

El lugar de TURQUÍA en el mundo

Dotada de una posición única como vínculo entre Oriente y Occidente, Ankara puede ser el modelo a seguir en las nuevas demandas democráticas del mundo árabe



LA República de Turquía se enfrenta en la actualidad al complejo reto de redefinir su papel en el mundo. En el siglo XX, Mustafá Kemal *Atatürk* forzó la occidentalización del estado y de la sociedad, pero tras más de ocho décadas se constata que esa ambiciosa transformación únicamente alcanzó a las fuerzas armadas y a ciertas capas

de la población urbana, y que se mantuvo tan sólo gracias a un férreo control del proceso político interno.

Con la victoria del partido islamista moderado Justicia y Desarrollo (AKP) en las elecciones de 2002 comenzó una nueva etapa en el país, que en la acción exterior se ha caracterizado por una política de *cero problemas* con sus vecinos. Dicha estrategia trata también de configurar

a Turquía como una potencia regional, dando en ocasiones la espalda al Occidente en el que en el pasado buscaba integrarse a cualquier precio.

Así, el inicio de las revueltas en el mundo islámico a finales de 2010 hizo que muchas miradas en la región se volvieran hacia el llamado *modelo turco*, ayudando a derribar las barreras que el resentimiento histórico creó en la época



Kerim Oktay/EFE

de dominación del Imperio Otomano. Sin embargo, y conforme crece la inestabilidad y ésta se acerca a sus fronteras, Turquía afronta un reto cada vez mayor para su pretendido papel de influyente y dinámica potencia en la región.

En principio, las revueltas de Túnez y Egipto no parecieron afectar al país. En el primer caso, se adoptó un perfil bajo, ante la lejanía geográfica y la falta de in-

Seguidores del gobernante partido *Justicia y Desarrollo* ondean banderas en un mitín electoral en Andara durante los últimos comicios presidenciales de marzo de 2009.

tereses directos; pero en el segundo, el primer ministro turco Recep Tayyip Erdogan se apresuró a pedir la renuncia del presidente Hosni Mubarak, con el que mantenía una mala relación personal, incluso en el momento en que los Estados Unidos todavía parecían favorecer el mantenimiento del *statu-quo*, lo que sirvió al gobierno de Ankara para reforzar su prestigio en la llamada *calle árabe*.

Sin embargo, su papel en la crisis de Libia ha resultado mucho más complejo, ya que en ese país las inversiones turcas se cifran en unos 20.000 millones de dólares, además de ser el lugar de trabajo de decenas de miles de turcos. Erdogan se anticipó a oponerse al establecimiento de sanciones contra el régimen de Muammar el Gadafi, con el argumento de que sólo servirían para hacer sufrir al pueblo libio, a la vez que objetaba toda acción militar, incluyendo una zona de exclusión aérea. El argumento esgrimido era que la intervención europea no haría sino empeorar el problema.

Cuando finalmente el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó el pasado 17 de marzo la Resolución 1973, la postura inicial de Turquía fue de oposición a que la OTAN se hiciera cargo de las operaciones militares, como pretendía Estados Unidos. Pocos días después, sin embargo, Ankara modificó su actitud, y no sólo respaldó el poner las capacidades de mando y control de la OTAN a disposición de la coalición que realiza acciones sobre territorio libio, sino que incorporó sus fuerzas militares.

Al tiempo y en paralelo a las acciones militares, Turquía optó en el plano político por buscar una salida negociada al conflicto, pero la resistencia de Gadafi y los engaños libios sobre su disposición a declarar un alto el fuego han hecho fracasar la iniciativa. El pasado día 2 de mayo Erdogan renunció a continuar el proceso, y llamó públicamente a la renuncia del dictador libio, del que curiosamente había recibido en diciembre de 2010 el *Premio internacional de los derechos humanos* en un acto celebrado en Trípoli.

Pero si la gestión de la crisis libia ha sido compleja, los acontecimientos en la vecina Siria lo son más. La postura del presidente sirio Bashir al Assad de rechazar toda apertura política y de reprimir brutalmente las revueltas populares deja, al igual que ocurre con el resto de

los países de la OTAN y la Unión Europea, al gobierno turco en una difícil situación. Incrementadas en el caso de Ankara por las estrechas relaciones bilaterales forjadas con el partido único Baaz en el último lustro. En caso de que Siria se hunda en el caos, Turquía tendría que afrontar desde una posible migración descontrolada hasta la interrupción de unos intercambios comerciales que se habían triplicado en el último trienio.

Por ello, Ankara está jugando a dos bandas ante esta crisis, ya que a la vez que intenta mantener unas buenas relaciones con el gobierno de Damasco e impulsar las reformas «desde dentro» del sistema, ha establecido vínculos con la oposición siria, en especial con la rama local de los Hermanos Musulmanes, a los que ha albergado en su territorio y permitido reunirse en Estambul. En todo caso, cabe concluir que cuando los líderes de la *primavera árabe* piensan en el modelo turco, lo hacen valorando su pertenencia al G-20, la existencia de una incipiente clase media, el modelo pluripar-

imanes pasaron a ser designados por el gobierno; introdujo reformas en las leyes de género, concediendo el voto a la mujer; proclamó el domingo como día de descanso; y sustituyó el calendario musulmán por el calendario gregoriano.

En cuanto a la actitud de la nueva Turquía frente al mundo, a grandes rasgos la política exterior kemalista dio la espalda a Oriente Medio y buscó constituirse en un baluarte de Occidente frente a la expansión del comunismo. Como consecuencia, la posición estratégica del país (fronterizo con la Unión Soviética) valió a Turquía su ingreso en la OTAN en 1951, tan sólo dos años después de creada la Organización.

En esa etapa, la política de la República de Turquía fue básicamente reactiva ante los acontecimientos externos; sin embargo, esa postura se comenzó a cuestionar en el ámbito académico tras el fin de la Guerra Fría, cuando politólogos de la prestigiosa Universidad Bilkent de Ankara propusieron el concepto de una «gran estrategia» que reforzase la presen-

Turquía aporta un modelo pluripartidista y laico

tidista y, sobre todo, la separación entre religión y estado, cuestiones todas ellas más vinculadas al movimiento kemalista que al islamismo del AKP, por moderado que éste sea. El propio Erdogan se ha apresurado a declarar que Turquía no pretende ser un modelo para esos países, pero sí una fuente de inspiración.

UN PARTICULAR MODELO DE POLÍTICA

La moderna República de Turquía se fundó al finalizar la I Guerra Mundial sobre los escombros del derrotado Imperio Otomano, y fue el resultado de la alianza entre la burguesía urbana y las fuerzas armadas, en un proceso liderado por el carismático general Mustafá Kemal, conocido por el sobrenombre de *Atatürk* (padre de los turcos).

En el plano interno, *Atatürk* dispuso el reemplazo del alfabeto árabe por el latino; introdujo un nuevo código civil, inspirado en el suizo; instauró las normas del vestido, prohibiendo el fez en los hombres y el velo en las mujeres; exhortó a que la población turca adoptara apellidos frente a la tradición árabe; los

cia exterior de Turquía, para contribuir de ese modo a los cambios regionales y globales en curso.

La primera iniciativa exterior tras la caída de la URSS fue la de intentar estrechar lazos con las repúblicas de habla turca del Asia Central (todas menos Tayikistán, de tradición persa), política del entonces presidente Turgut Orzal que se conoció como panturquismo. Sin embargo, ese intento tuvo poco recorrido, ya que los nuevos líderes centroasiáticos privilegiaron el mantenimiento de su vínculo con Moscú, y los regímenes surgidos no adoptaron como modelo político el de la República de Turquía.

Con la victoria del AKP y el nombramiento como primer ministro de Erdogan comenzó una nueva etapa en la política exterior más activa y multidimensional, cuyo principal arquitecto es el actual ministro de exteriores, el profesor Ahmet Davutoglu. Su estrategia se resume en la idea de que sólo los estados que ejercen influencia más allá de sus fronteras, usando herramientas del *poder blando*, pueden realmente protegerse a sí



Soldados del Ejército turco desfilan durante la conmemoración del 83 aniversario de la fundación de la República celebrada el pasado mes de octubre en Estambul.



Tofiga Boroglu/EFE

mismos. En la práctica, este modelo se ha materializado en un alejamiento de antiguos aliados, como se puso de manifiesto con la negativa del parlamento turco a que las tropas de los Estados Unidos pudieran usar su territorio para invadir Irak en marzo de 2003. De hecho, el progresivo acercamiento turco a Irán, Hizbullah en Líbano y Hamas en Palestina, ha supuesto la paralización de la alianza estratégica con Israel que se forjó en los años 90 del pasado siglo.

EL PROCESO DE ADHESIÓN A LA UE

La relación de la república de Turquía con la Unión Europea no ha sido fácil en ningún momento; en 1963 se suscribió el Acuerdo de Ankara, por el que se reforzaban las relaciones comerciales y económicas, y se diseñó una unión aduanera en tres fases, todo ello con vistas a una plena incorporación futura. Sin embargo, los acontecimientos subsiguientes no favorecieron un mayor acercamiento, debido a los golpes de estado de 1960, 1971 y 1980, la invasión en 1974 del norte de Chipre, y la guerra abierta contra los rebeldes kurdos en el sureste del país.

En principio, nada hizo indicar que la llegada al poder del AKP supusiese un freno en las intenciones turcas de ingreso

en la Unión. De hecho, el Consejo Europeo de diciembre de 2004 constató los decididos avances en sus reformas para asumir el *acquis* comunitario, y decidió abrir negociaciones para la definitiva incorporación de Turquía. Sin embargo, la cuestión chipriota ha sido un obstáculo insalvable desde el principio, y la excusa tras la que se han parapetado varios paí-

Ankara desea integrarse en una Europa que no termina de aceptarla

ses que están en contra de la adhesión. El protocolo de la negociación incluye un total de 35 capítulos en los que Turquía debe hacer progresos bajo supervisión de la UE, pero en la actualidad sólo 13 están abiertos, los de carácter más técnico. Por el contrario, en 18 capítulos se ha abandonado todo intento de negociar, tratándose de las cuestiones más políticas

y de todo lo relacionado con Chipre. En paralelo a este lento y complejo proceso, la sociedad turca ha ido disminuyendo su apoyo a la UE, desde un 70 por 100 cuando comenzó la negociación en 2005 a menos del 50 por 100 en la actualidad.

En este entorno pesimista se produjo la visita del presidente francés Nicolás Sarkozy a Turquía en marzo del presente año. Lo que iba a ser una visita oficial de dos días se convirtió en una estancia de cinco horas, y como presidente de turno del G-20 en lugar de representando a Francia, lo que motivó una evidente frustración en los dirigentes turcos. En una tensa rueda de prensa conjunta, el presidente Gul afirmó que el pueblo turco no entiende porque la UE había decidido iniciar el proceso de adhesión en 2005 si no estaba dispuesta a culminarlo, y que Turquía es un gran país con el que no se puede jugar de ese modo. Sarkozy replicó que muchos países estaban en contra de la entrada de Turquía en la UE, aunque sólo algunos pocos como Alemania o Francia lo reconocen. Otros de los habituales argumentos franceses son que Turquía pertenece a Oriente Medio y no a Europa, y que debe limitarse a ejercer de pivote estratégico entre Occidente y Oriente, papel que ningún otro país puede jugar. La respuesta del primer ministro Erdogan no se hizo esperar, afirmando que la UE debería decir claramente que no quiere a Turquía como miembro, y entonces el país seguiría su propio camino de desarrollo, ya que es mucho más avanzado que la mayoría de los miembros de la Unión Europea.

En definitiva, Turquía ha intentado durante estos últimos años conciliar la política exterior de *cero problemas* con sus vecinos con el objetivo largamente perseguido de ser admitido como un país europeo más. Con la llegada al poder en Turquía del AKP en 2002 se ha producido una evidente paradoja: a la vez que el país iba cumpliendo las condiciones impuestas por la UE en el proceso de adhesión, la implícita apertura política ha venido a consolidar la corriente moderada islamista, limitando la capacidad de influencia de los sectores laicos kemalistas, lo que a su vez ha ido reduciendo el interés de una población turca, cada vez más orgullosa de su pasado otomano, por su integración en Europa.

Francisco J. Ruiz González
Analista del IEEE